

ARTISTA

La realidad virtual, el contacto con seres que no están materialmente presentes, existe bajo otras formas que las de la moderna telecomunicación. Siempre se ha vivido con dioses, con personas ausentes o muertas, con personajes de ficción; cada cual cuenta entre los suyos a todos aquellos en quienes se reconoce, a aquellos de los que habla y a quienes escucha, a todos aquellos individuos con quienes se siente cohesionado. Estamos acompañados e íntimamente conformados por aquellos que, vivos o muertos, cercanos o lejanos en el espacio o en el tiempo, por suscitar nuestro desprecio o crítica o por hacernos concebir ideas, soluciones o inquietudes, han hecho que seamos quienes somos y que dejemos de ser quienes fuimos. Uno de los nuestros, para muchos, cien años después de que su cuerpo desdichado dejara esta extraña morada que es el mundo, es Friedrich Nietzsche, un artista que segregó un pensamiento lúcido, vigoroso y perturbador.

Como aquellos sabios a quienes -según los antiguos- los dioses concedieron el don de la visión a costa de la ceguera, este hombre castigado por inclemencias como la enfermedad, la soledad, la castidad y la locura fue dotado de una mirada de larguísimo alcance y de una voz profunda, penetrante y exuberante; con ellas vio y anunció, a veces cantando y otras veces gritando, lo que es y lo que puede ser el hombre. Y lo hizo desde una posición de responsabilidad para con los siglos venideros y para con el género humano, pues este artista, este escritor, se sentía ejecutor de una misión, encargado de una tarea, protagonista de un desafío, inductor de un atentado a gran escala. Nietzsche era un guerrero aniquilador de los enemigos de la vida y el mensajero de un advenimiento, el advenimiento de un hombre nuevo o, si se quiere, de una nueva manera de ser hombre. Profundamente piadoso, Nietzsche se creía elegido para que a través suyo, a través de su carne y de su sangre, la humanidad reflexionará sobre sí misma y la verdad combatiera contra la mentira de milenios. De esta contienda resultaría una conmoción de cimientos, un temblor de estructuras en que se harían añicos todas las formas de poder vigentes -ciencia, política, moral, filosofía- basadas en la mentira.

Nietzsche era bastante megalómano -su megalomanía y petulancia fueron creciendo conforme lo hacían su edad y su soledad-, pero, aunque ese era un rasgo de su carácter, traer una idea o una realidad al mundo es algo que produce euforia. Existe euforia en todo alumbramiento. Pero además es cierto que hay hombres a través de los cuales algo importante entra en la humanidad y se aposenta en ella. No viviríamos



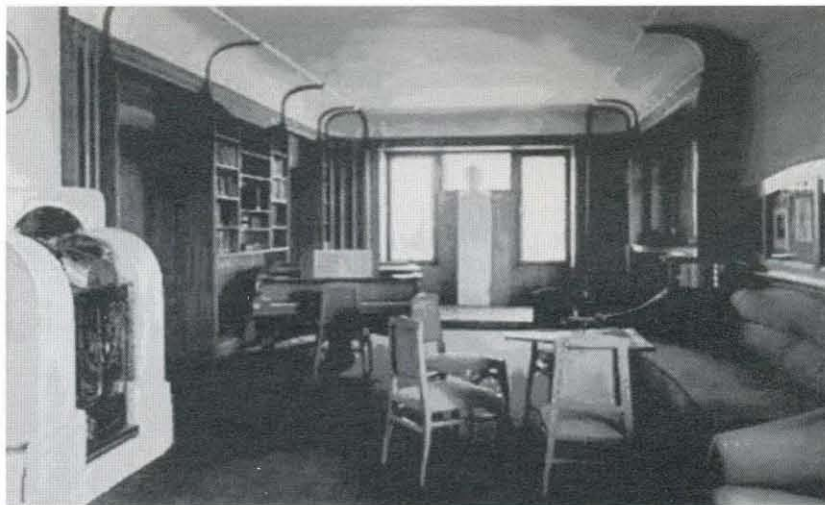
Nietzsche por Stoeving, 1894

como lo hacemos sin la labor científica de, por ejemplo, Galileo; o de Fleming; sin Fleming muchos ni siquiera viviríamos. Sin Colón, o sin el Dr. Livingstone, no nos moveríamos por el mundo como lo hacemos, y sin el humanismo de Marx no sabemos en qué términos se libraría la batalla -quizá eterna- por la justicia social. Todos ellos son hitos, hombres clave, hombres que -según Pródico de Ceos y por ello fue calificado de ateo, estarían situados en el panteón de las divinidades, pues, dice Pródico, los dioses son los hombres inventores de las cosas que mejoran a la humanidad, y sus semejantes, agradecidos por el legado, les conceden el rango divino. Puede que Galileo fuera consciente de su impronta en las generaciones futuras, pero, que yo sepa, no se jactó de ello. Nietzsche, visinario, iluminado, lo gritó.

Y tenía razón. Nietzsche marca un antes y un después -si no en la humanidad sí en la cultura occidental. Es uno de esos hombres hito, uno de los dioses mundanos de Pródico. Y lo es por radiografiar, como nunca antes se había hecho, la moral cristiana como una apuesta por la decadencia, como una exaltación de los instintos humanos más rastreros y bajos, como una enfermedad del hombre y como un crimen contra la vida. Quien, como él, enfoca la moral cristiana como una infamia, desvela lo poco que valen todos los valores en que se ha creído y se cree, y opina que la procedencia de los valores es un asunto de vital importancia que condiciona el futuro del hombre, se hace justicia considerándose una singularidad de primer rango en la historia del conocimiento, una fuerza mayor, un destino, y creyendo por tanto que

se vivirá antes o después de él: Dioniso contra el Crucificado. Porque el poder del ideal ascético, dice Nietzsche, el imperio psicológico del sacerdote y del fiel, a pesar de su nocividad, proviene de la falta de algo mejor, de la ausencia de alternativa y de competidor. Faltaba un contraideal ... hasta él. Con él se hace la luz sobre la pendiente por la que hasta ahora se descendía, sobre el dominio de un impulso oscuro, y se alumbra un camino mejor, un camino hacia arriba del que él, Nietzsche, es mensajero. Por eso es un destino: Zaratustra contra el Crucificado.

Dar esa información a la humanidad es el sentido de la tarea de Nietzsche, la hazaña de su vida, y ante eso ve como inútil, arbitraria y desperdiciada su existencia de filólogo, diez años en que -dice- la alimentación de su espíritu se detuvo, no aprendió nada útil, sólo polvorienta erudición. Fueron años en que la carrera académica llegó a él más que a la inversa, pues, a causa de la brillantez de sus conferencias y de sus escritos filológicos -apasionantes como novelas según su maestro Ritsch, su mentor en la universidad- fue nombrado, muy joven y sin tesis doctoral, catedrático extraordinario de filología clásica- luego le fue otorgado el diploma de doctor sin examen alguno, en base a trabajos publicados, y de la misma manera llegó a ser catedrático ordinario en la universidad de Basilea. Enseñó griego durante siete años a alumnos que se volvían laboriosos con él y a los que muchas veces oyó decir que nunca se habían escuchado a sí mismos de ese modo. Después, a causa de su mala salud, ante unos colegas fríos e incómodos por el efecto que hizo en ellos



F. Nietzsche

“El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música”, su primera obra de escritor y no de profesor, Nietzsche dejó la universidad jubilado por enfermedad y con una pensión vitalicia, y pasó el resto de sus días leyendo poco y escribiendo mucho al dictado de su visión y al ritmo de su espíritu, componiendo obras como librepensador desprejuiciado destinadas a quien quisiera oírle y no a ascender o a conservar una carrera académica que tantas toneladas de palabra seca produce. El docto, dice Nietzsche, no hace ya otra cosa que revolver libros y pierde la capacidad de pensar por cuenta propia; dedica toda su fuerza a la crítica de cosas ya pensadas, pero él mismo no piensa: reacciona ante el pensamiento leído. Afirma haber visto a naturalezas bien dotadas, a gentes de constitución rica y libre, leídas hasta la ruina, reducidas con treinta años a puras cerillas que es necesario frotar para que den una chispa de pensamiento.

Dice Nietzsche que en sus años de profesión cayó en un estado de desinterés, primero por ignorancia y juventud y después por esa pereza llamada sentimiento del deber. Pero en este mundo en que sólo la fortuna heredada o el certificado médico proporcionan el pasaporte al ocio, la enfermedad le libró de aquello ahorrándole además una ruptura violenta y escandalosa, le proporcionó el derecho a cambiar de hábitos, le regaló la libre disposición de su tiempo ... y se acabó la bibliomanía y la filología, quedó redimido del libro. Entonces despertó, primero tímido y dubitativo, un sí mismo profundo que estaba casi sepultado y enmudecido por el permanente tener que oír a otros. Y empezó a hablar. Nació de nuevo. La primera vez

uno nace de sus padres; la segunda y las restantes veces se nace del amor o del arte; la primera ascendencia es biológica, las siguientes son eróticas.

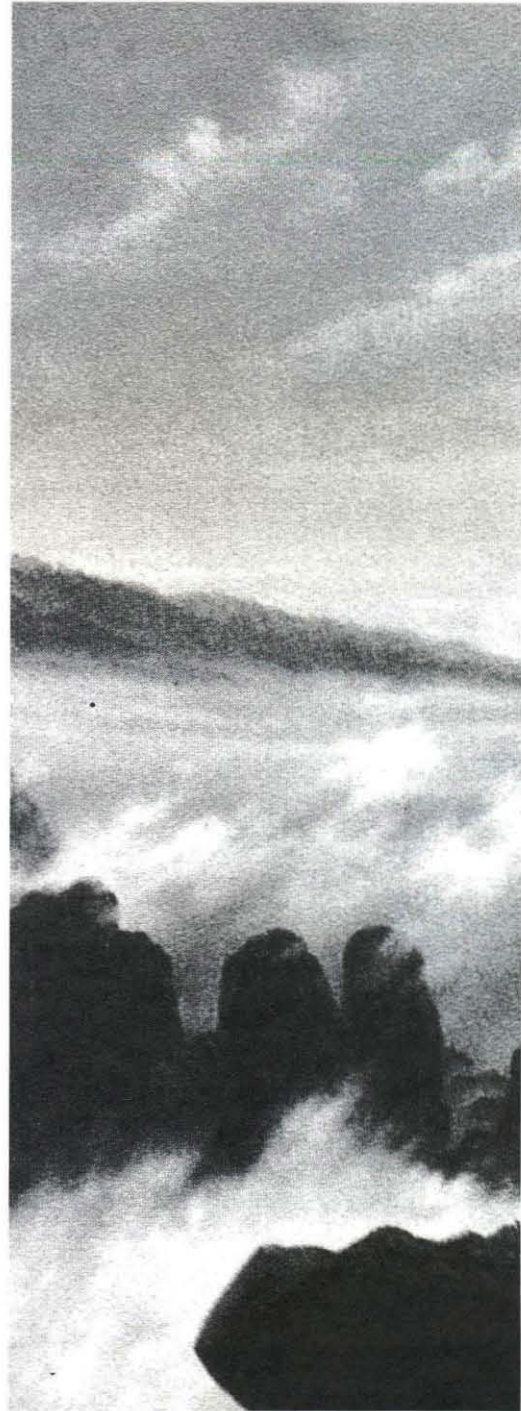
Nietzsche, con sus neuralgias y sus náuseas, se curó en el fondo y se hizo un hombre que tenía por norte su obra y cuya lógica era la fertilidad del arte. Todas las circunstancias de su vida adquirieron sentido desde la escritura: la enfermedad por la que dejó la universidad, los cambios en su gusto por la música, cambios en el arte de oír que él interpretó como el principio de la gestación de Zaratustra, su amistad con Peter Gast, que transcribió “Humano, demasiado humano” al dictado de un Nietzsche con la cabeza dolorida y vendada. Zaratustra fue su parto más espectacular: tras un embarazo de dieciocho meses, nació en Génova durante un invierno frío y lluvioso, en un pequeño albergue junto al mar donde de noche el oleaje imposibilitaba el sueño; como todo lo decisivo, Zaratustra vio la luz a pesar de las circunstancias. Nietzsche cuenta que por la mañana subía en dirección sur hasta la cumbre y dominaba con la vista el mar; por la tarde, siempre que su salud se lo permitía, rodeaba la bahía, y entre estos dos caminos Zaratustra le asaltó. Escribiendo este libro la mano del filósofo voló en andas de la inspiración y la revelación. Dice que, si conservara un mínimo resquicio de superstición, le resultaría muy difícil rechazar la idea de ser una encarnación, un mero instrumento sonoro de fuerzas poderosísimas: con indecible seguridad y finura -dice- algo se deja ver y oír, algo que lo conmueve y trastorna a uno en lo más hondo; se oye, no se busca, se



F. W. Nietzsche

toma sin preguntar quién da, el pensamiento refulge como un rayo, sin vacilación en la forma. Nietzsche dice que nunca tuvo que elegir estilo, que las palabras le brotaban claras y firmes, luego le era habitual que el pensamiento, como Atenea de Zeus, saliera contundente y ya armado de su cabeza. Estas vivencias, como las del enamoramiento, son de desate, de éxtasis físico y psíquico. Al escribir, Nietzsche salía de sí completa y felizmente, rompía en sollozos, sentía un sinnúmero de delicados temblores y estremecimientos que le llegaban hasta los dedos de los pies. Nietzsche conoció a menudo la tensión violenta y voluptuosa de la inspiración, experiencia erótica en que todo acontece de modo involuntario y que proporciona una intensa sensación de sentido, de libertad, de incondicionalidad, de poder, de divinidad, una conciencia de que todo ha tenido que transcurrir precisamente como lo ha hecho para que acaezca ese momento sublime de conmoción y de alegría. Escribiendo su vida estaba orientada, su cuerpo entusiasmado, su agilidad muscular era inmensa. Podía caminar siete u ocho horas por los montes sin noción de cansancio; dormía bien, reía mucho, poseía robustez y paciencia, y tenía sensación de inmortalidad: mientras dura la inspiración, o el amor, se está a salvo de la muerte.

Después de semejantes explosiones de fuerza, Nietzsche, exhausto, enfermaba. A tanta alegría sucedía la tristeza, al lleno el vacío, al poder la debilidad, a los estremecimientos de la piel la irritación y los escalofríos, a la voz un espantoso silencio alrededor, al buen dormir la indigestión. Todos los partos tienen su postparto, es pura física de gasto y recuperación de fuerzas, pero Nietzsche, buen megalómano, dice que se paga caro el ser inmortal y, buen poeta, llama a ese estado de desinflamiento "el rencor de lo grande": todo lo grande -dice- obra o acción, se vuelve, inmediatamente acabada, contra quien la hizo, debilitándolo. Eso grande que guarda rencor y se venga es la resaca de una ebriedad en la que es posible administrarse, ser moderado, aristotélico, pero Nietzsche, dionisiaco, apuraba la inspiración en una acción suprema desde la cual el resto del obrar humano le parecía pobre y condicionado. Componer con palabras, con notas, con pinceles, empieza con días previos de aproximación e incertidumbre, sigue con la plenitud del acoplamiento y finaliza con el dolor de la pérdida. Escribir, cualquier forma de crear, proporciona un bienestar propio e intransferible; se está tocado por la gracia de un privilegio que ni reyes ni obispos poseen, algo que no está relacionado



con la riqueza ni con la belleza ni con la cuna ni con el rango. Por escribir de manera compulsivo, erótica, y por escribir durante muchas horas de su vida, Nietzsche fue un hombre privilegiado.

Este hombre contrapone el arte a la verdad. Cree que es el arte el adversario de la lógica judeocristiana, la alternativa al ideal ascético y a la moral, la ciencia, la política, el trabajo, el tiempo y la filosofía basados en dicho ideal desde Parménides y Platón. En el arte la ficción se santifica y la ausencia de verdad tiene buena conciencia. Escribiendo bajo el signo del arte, Nietzsche corrompe el modo filosófico, desborda el género, abre una brecha en él. Leer a Nietzsche es una fiesta del lenguaje. Con muchos de sus textos podrían hacerse recitales. Como la de todos los grandes escritores, su prosa, violenta, es inconfundible, y las cosas de las que habla y la diafanidad y firmeza con que las nombra son tales que el lector, fascinado o irritado, se siente siempre sacudido. Libros, los de Nietzsche, orgullosos, refinados, delicados y valientes, duros y destellantes como diamantes. Para escándalo de unos y satisfacción de otros, Nietzsche aporta a la filosofía una sensibilidad desconocida. Acorde con su reivindicación de la persona en la idea, del hombre en el pensador, su lenguaje es sólo uno y en su prosa es indiscernible la literatura de la filosofía. Escribir estos libros fue lo mejor y más dichoso de su en otros dominios aciaga vida.

El reconocimiento universal del pensamiento de Nietzsche se hizo esperar lustros, pero en vida del filósofo tuvo oídos atentos y variados a pesar de que, cuando habla de esta cuestión en "Ecce Homo", texto escrito al borde ya de la locura, Nietzsche se queja de incompreensión absoluta hacia su obra. Que sepamos, Nietzsche se entendió profundamente con Wagner, a cuya vera escribió y publicó "El origen de la tragedia en el espíritu de la música". Se entendió con Lou von Salome, que escribió en vida de su amigo, si bien ya durante su locura, un libro sobre su pensamiento. Se entendió con Peter Gast, discípulo amigo que le atrajo a la atmosfera mediterránea y escribió a su dictado en momentos de extrema gravedad. Se entendió con Paul Rée, cuyas conversaciones contribuyeron a gestar "Humano, demasiado humano", obra que expresa el desacuerdo con seis tesis del médico y filósofo autor de "Sobre el origen de los sentimientos morales". Intelec-

tualmente, pues, Nietzsche no fue aclamado por las masas como Wagner, pero no padeció el aislamiento artístico y vital de un Van Gogh.

Publicó sus obras. Tuvo editores. Aparecían reseñas de sus libros en los periódicos, recensiones por las que Nietzsche no sentía curiosidad alguna y de las que ni sus amigos ni sus editores le hablaban. Fue descubierto por algunos, y lo supo, en Viena, Estocolmo, París, San Petersburgo, Nueva York; no en Alemania, a la que llama "país plano de Europa lleno de gentuza", donde se alegraba de no tener lectores. Pero incluso en Alemania y en el mundo académico, donde sus colegas lo acusaron de poco científico y de borrachera espiritual y donde sus alumnos dejaron sus clases -síntomas por otra parte de escándalo y revuelo y por tanto de reconocimiento-, hubo quien se puso incondicionalmente de su parte: el viejo hegeliano Bruno Bauer fue uno de sus lectores más atentos; un catedrático llamado Hoffman dijo, cuando leyó "Las intempestivas", que a Nietzsche le esperaba un gran destino en relación con el problema del ateísmo, y otros intelectuales también tuvieron en cuenta y a veces alabaron sus polémicos textos. En Copenhague el doctor George Brandes, historiador de la literatura danesa, mantuvo correspondencia con Nietzsche y en 1887 dio lecciones y conferencias tituladas "Sobre el filósofo alemán Friedrich Nietzsche", fue el primer estudioso que se ocupó de modo sistemático de su pensamiento. Hubo, pues, hacia Nietzsche vivo un reducido pero claro y decidido reconocimiento, si bien al final de su vida cuerda se quejaba de que para nadie fue un deber de conciencia defender su nombre contra el silencio y de que ninguno de sus allegados consideró que mereciera la pena estudiar sus escritos. Cuando escribió esto Nietzsche se había peleado con todos sus amigos, se había convertido en un solitario resentido y no tenía más lazos que los de sangre: su odiada madre y su odiada hermana a quienes lo unía, dice, una gran desarmonía preestablecida. Todo lo favorable y pródigo y próspero que tuvo para Nietzsche la creación, lo tuvo de adverso y hostil el amor. El lúcido artista, el impresionante escritor fue efectivamente muy tosco e infantil: se enamoró siempre de quien no debía y rompió con toda la gente a quien quiso y que le quiso.

Wagner fue, con mucho, el hombre más afín a él, y los ratos que a sus 24 años pasó junto

al músico de 55 y a su familia, ratos en que incubaba ideas y disfrutaba de placer intelectual mientras hacía compras y encargos para la familia y ayudaba a preparar fiestas de niños, fueron, dice, los mejores y más sublimes momentos de su vida. Nietzsche fue para Wagner un conversador agradable y útil; le gustaba escucharlo y saberse comprendido e interpretado por un filósofo que se tomaba en serio sus intenciones artísticas. Wagner significó para Nietzsche estímulo, experiencia, pasión y revelación de un universo artístico. Compartieron los mejores momentos de los festivales de Bayreuth: los de su gestación, los de la concepción de la idea de una música para todos que hiciera en el alma un efecto revelador y propiciara otro tipo de hombre. Paralelamente al festival, Nietzsche quería instaurar en el mundo una nueva forma de Academia. La euforia de los dos era tanta que Nietzsche pensó en dejar la docencia para ponerse exclusivamente al servicio de Wagner, organizar círculos wagnerianos y convertirse en predicador itinerante de la obra de arte del porvenir. Cuando Bayreuth pasó del sueño a la realidad, Nietzsche vio cómo la fiesta dionisiaca, el renacimiento de lo heroico, el taller para el ennoblecimiento del arte dramático se convertían en una empresa muy poco romántica donde un Wagner histrión, déspota y grosero gritaba a actores y músicos, buscaba fondos como loco, terminó por cobrar entradas, y cómo el teatro para todos que pergeñaron juntos se hacía carne como un espectáculo para los privilegiados de siempre donde poco menos que se vendían medallas de los Nibelungos, corbatas Wagner y otras baratijas de la industria del souvenir. Fue demasiado para un hombre puro y piadoso: Nietzsche no pudo asimilar semejante desfiguración de la utopía y, en estado extremadamente nervioso y amargo, huyó. Fue el principio de un distanciamiento que, en el estilo tremendista que Nietzsche fue adoptando paulatinamente, terminó en ruptura cósmica y por los siglos de los siglos. Seguramente ambos sufrieron por su mutuo alejamiento. Nietzsche siempre se lamentó de la irreparable pérdida del irremplazable Wagner. En su decepción se revolvió contra el amigo venerado y, como buen renegado, en su odio sólo le amaba más. De hecho, mientras dure esa efímera forma de eternidad que es la permanencia en la memoria durante algunos siglos o milenios, los dos artistas permanecerán unidos,

el músico sin fronteras, epicúreo, sensual, titánico, protegido de un rey, devorador y devorado por una exuberante existencia, y el filósofo genial, el asceta en quien no prendió más voluptuosidad que la de la inspiración, el hombre laborioso, sobrio, reservado, pedante, corto de vista y vegetariano que transmitía una alegría vital y una risa de las que carecía al superhombre y a Zaratustra.

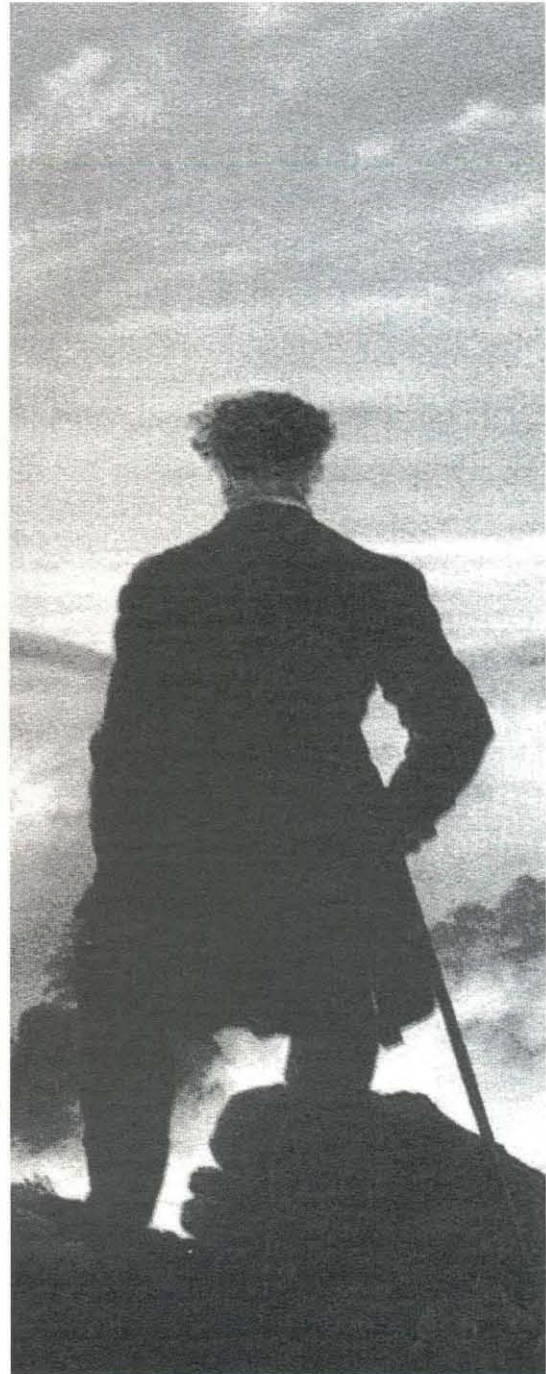
Con las mujeres la desorientación de Nietzsche fue extrema. En la teoría no adivinó la mutación a gran escala que la condición femenina iba a experimentar en breve, y en la práctica siempre se enamoró para no ganar. En sentido amoroso la soledad de Nietzsche fue mayúscula. Su infortunio -por incapacidad o por mala suerte- para la compañía amorosa fue notorio y calamitoso. El elegido para la visión nunca supo elegir y nunca resultó elegido en el amor. Nietzsche interpretó esta desventurada faceta de su vida como una condición necesaria para filosofar; echó mano de la vieja -y falsa- dicotomía entre amor y creación y dijo que, si bien como discípulo de Dioniso preferiría ser sátiro antes que santo, la filosofía es vida voluntaria en el hielo y en las altas montañas, vida condenada, por la sobreabundancia de luz, por su naturaleza solar, a no amar. Fuera su fría soledad renuncia sublime al amor o prosaica incompetencia para tomar, agradecemos infinitamente a Nietzsche las palabras que pronunció desde el hielo, en las alturas, bajo el sol. Nos alegramos -por nosotros, no por él- de su encarnación en esa hermosa ave de agudo pico y vivos colores que se reproduce en los intersticios de las tormentas invernales, que vuela hacia el sol y que llamamos alción.

Suponiendo que su soledad fuera, como él la cuenta, necesaria para la luz que nos legó, bien estuvo que Nietzsche decidiera ser más santo que sátiro, papel éste que nunca representó. Buscada o padecida, parece que la castidad, como la soledad, fue constante en la vida de este filósofo aquejado, sin embargo, según algunos de sus biógrafos, de una sífilis contraída en su primera juventud y responsable del estado de demencia en que cayó al final. Lo cierto es que, hablando sin recato, como lo hizo, de sus enfermedades y trastornos corporales, Nietzsche nunca nombra la sífilis. Quizá porque, a diferencia del tísico, que era un enfermo interesante y moderno en el siglo XIX, el sifilitico era un proscrito condenado a purgas físicas y morales

Franz Liszt

suponiendo que algún hospital lo acogiera, aunque sabido es que los médicos hacían excepciones y falsificaban si era necesario los diagnósticos de su clientela de clase acomodada a la que Nietzsche, y sobre todo su madre y su hermana pertenecían. O quizá Nietzsche no dijo nada porque padecer una enfermedad venérea, aunque uno transvalore todos los valores, sea innombrable, o lo era en una época desprovista de la obscenidad con respecto a la anomalía con que hoy nos obsequia lo políticamente correcto. O puede que Nietzsche nada dijera de la sífilis porque realmente nunca la contrajo. La hipótesis de la muerte por sífilis, sobre todo de la locura por sífilis, a quien más conviene es a los cómplices del pensamiento de Nietzsche, por lo que tiene de tranquilizador creer que la cordura huyó de una mente tan lúcida porque un bacilo se la llevó y no por la fragilidad del hilo que separa la clarividencia del desatino.

De hecho, igual que suponemos -falsamente- que la creación y el amor se excluyen, asociamos, falsamente también, la locura con el arte. A través de esta conjunción se ha explicado a Poe, a Rimbaud, a Van Gogh y a tantos otros artistas desquiciados. Sin embargo, este asunto podría ser bastante menos romántico y más prosaico y amargo. Las filas del arte están llenas de personas más o menos serenas pero centradas y normales, y también, desde luego, de locos, de dolientes, borrachos, marginados, arrastrados, de gentes autodestructivas vapuleadas por diversos vaivenes patológicos. Pero eso no se debe al arte, sino a condiciones que, como la miseria o el aislamiento, producen efectos demoledores en cualquiera, artista o no. Sabemos del malvivir de los artistas y no de los oficinistas porque son las vidas de los primeros las que se enfocan y hacen públicas; cuántos labradores, comerciantes o pescadores le habrán cortado una oreja a alguien en un arrebato de furia sin que se haya enterado más que el círculo de sus allegados. No se crea al amparo de los delirios sino a pesar de ellos. El individuo se sobrepone a sus peores emociones cuando crea. Crear fortalece; es medicina, no enfermedad; oxigena la vida; es fuente de abundancia, de alegría, de poder, de conocimiento, de luz y de placer. Y no hay que pagar por ello, como no hay que pagar con soledad la fertilidad espiritual. Que un corazón satisfecho o bien acompañado, o un cuerpo acogedor son una



F. W. Nietzsche

traba para la fecundidad del alma es una formulación en clave estética del principio judeocristiano según el cual el placer merece castigo. Es cierto que componer una obra requiere soledad, sí, la soledad del estudio, la del taller, la soledad física del espacio en que se crea, una soledad práctica propicia a la concentración, no el desierto existencial. Parece que, después de todo, el judeocristianismo se coló en Nietzsche por esta fisura. Sin embargo, aunque sepamos tan errónea como tópica la relación necesaria entre arte y desolación, a veces temblamos al observar la conjunción de creación y soledad, de lucidez y locura que se dan en la persona de Friedrich Nietzsche, como si en él se ensañara la vieja idea de que el genio paga con dolor y desgarró su talla grande. Por eso nos apacigua y sosiega pensar que la culpa de que Nietzsche se desplomara psíquicamente el 3 de Enero de 1889 y muriera después de once años de idiotez la tuvo la sífilis, pues, aunque no deja de ser un destino grotesco ser además de casto sífilítico, enloquecer por sífilis parece un desenlace adecuado para un dionisiaco como él.

Hay finales lógicos, apropiados, coherentes con una existencia, y otros que no lo son. Es lógico y ajustado a su vida que Empédocles se arrojara por el cráter del Etna, pero no que Gilles Deleuze se tirara por una vulgar ventana. Es decente -estéticamente hablando- la muerte del poeta por la espina de una rosa o que “el ladrador de los efesios” o el cínico del tonel fueran devorados por perros. Hay otras versiones de la muerte de Rilke, de Heráclito y de Diógenes, pero, dado que fallecer es uno de los acontecimientos estelares de una vida, tendemos a imaginar la muerte de los hombres notables como nos hubiera gustado que fuera. Puede, por tanto, que la visión de la mente y la vida de Nietzsche consumiéndose por la sífilis sea una proyección y un efecto de nuestro deseo.

Enloqueciera y muriera por las causas que fuera, Nietzsche, por la pervivencia y difusión de sus obras, sigue, como ayer y más que ayer, presente. Nuestra época sigue viviendo mayoritariamente después de Cristo y no después de Zaratustra o de Dioniso, pero ha reconocido en el hijo del dios que embriaga y en el amigo del profeta que ríe a un filósofo de suma importancia en la historia y en el porvenir de la cultura.

